



Avatares de una cabeza en la picota: los restos insepultos como significante en disputa en algunos textos de José Rivera Indarte

Sofía Traballi¹

Universidad de Buenos Aires
sofiatraballi84@gmail.com

Resumen: Este trabajo aborda un conjunto de textos del escritor argentino José Rivera Indarte (1814-1845) con el objetivo de explorar las siniestras representaciones de Juan Manuel de Rosas y su administración, y de indagar en un tópico recurrente en la obra del autor: la privación de sepultura y el ultraje *post mortem* como prácticas habituales del gobierno federal para con los adversarios políticos ejecutados. Rivera Indarte, en sus años de antirrosista militante, elabora dos concepciones enfrentadas de estos restos insepultos. Desde su perspectiva, si en manos de los federales los despojos del enemigo se convierten en objetos en cuya vejación el poder se deleita bestialmente, para los opositores de Rosas estos mismos restos representan la huella sublime de los mártires caídos y la vigencia de la lucha contra el terror en defensa de los principios políticos liberales. El cuerpo insepulto (o sus partes) como significante en disputa, su dualidad simbólica, constituye un elemento central de la construcción político-retórica del letrado cordobés, en procura de acentuar la neta línea divisoria entre el rosismo y el antirrosismo en tanto ámbitos irreductibles, irreconciliables, de la barbarie y la civilización, respectivamente.

Palabras clave: Literatura argentina – Juan Manuel de Rosas – Terror – Restos insepultos – Dualidad simbólica

Abstract: This article analyses a set of texts of the Argentine writer José Rivera Indarte (1814-1845) with the objective of exploring the sinister representations of Juan Manuel de Rosas and his administration, and enquiring on a recurrent topic in the author's work: the burial deprivation and the *post mortem* outrage of executed political adversaries as normal practices of the federal government. Rivera Indarte, a furious militant against Rosas, builds two opposite conceptions of these unburied remains. If, as the author suggests, the spoils of the enemy are objects in whose vexation the federal government bestly delights, for the opponents of Rosas, these remains are the sublime mark of the fallen martyrs,

¹ **Sofía Traballi** es Licenciada en Letras y Profesora en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como adscripta en las cátedras de Literatura Latinoamericana II y Problemas de Literatura Latinoamericana "A" de la carrera de Letras (UBA).

representing the validity of fight against terror in defense of the liberal political principles. The unburied body (or its parts) as a disputed signifier, his symbolic duality, is a decisive element of the political-rhetoric construction of Rivera, aimed to emphasize the sharp line between Rosas enemies and Rosas followers as irreconcilable spheres, which are associated, respectively, with civilization and barbarity.

Keywords: Argentinian Literature – Juan Manuel de Rosas – Terror – Unburied remains – Symbolic duality

Rivera Indarte: palabras ásperas, pasiones vergonzantes

Considerado a menudo por los estudiosos como parte de la “pléyade de escritores menores” de la generación del 37 (Myers, “La revolución en las ideas”: 382), y excluido por la crítica y las historias de la literatura del conjunto principal de los intelectuales canónicos del grupo², José Rivera Indarte (1814-1845) alcanza popularidad y reconocimiento durante la década de 1830 y el primer lustro de los 40, es decir, en el contexto del gobierno de Juan Manuel de Rosas y de los numerosos enfrentamientos de la guerra civil entre unitarios y federales, en los que la joven generación desempeñó su papel de opositora al régimen³.

Es preciso señalar que no es abundante la bibliografía crítica acerca de Rivera Indarte. Cabe mencionar, entre otros aportes, los de Ricardo Rojas y Adolfo Saldías, estudiosos que le dedican un espacio de consideración, aunque también es posible encontrar referencias –si bien menos específicas– en trabajos más contemporáneos. Nicolás Lucero es quien, hasta la fecha, ha realizado el análisis más exhaustivo en la medida que constituye una investigación centrada exclusivamente en este autor.

Precisamente, como señala Lucero, la generación del 37 se funda “como continuadora de la emancipación por las armas que lograron los ‘Padres de la Patria’, [y] legitima su nombre por la ‘misión’ de emancipar intelectualmente a América” (16). Es posible pensar, no obstante, que esta emancipación de índole puramente intelectual adquiere, a partir de la escalada del enfrentamiento entre los partidarios de Rosas y los opositores, una inflexión de activismo político combativo en tanto que los jóvenes del 37 brindan apoyo a los unitarios y

² Entre los integrantes más reconocidos y frecuentemente mencionados de la generación del 37 se encuentran Juan B. Alberdi, Esteban Echeverría, José Mármol, Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López, Félix Frías, Marcos Sastre –en cuya librería comienzan a realizarse las reuniones del grupo–, Juan María Gutiérrez y Bartolomé Mitre.

³ Tras derrotar al general Lavalle, Juan Manuel de Rosas (1793-1877) asume en 1829 el gobierno de Buenos Aires, cargo en el que permanece hasta 1832. Es reelecto en 1835. Como gobernador de Buenos Aires, logra presidir la liga de provincias unidas, conocida como Confederación Argentina (1835-1852). A partir de su segundo mandato, Rosas recibe de la legislatura facultades extraordinarias, recayendo sobre su figura la representación y el ejercicio de los tres poderes del Estado. Permanece en el gobierno hasta 1852, cuando sus fuerzas son derrotadas por Justo José de Urquiza en la batalla de Caseros.

comparten su lucha por “emancipar” a la república del gobierno de Rosas, concebido como cabal manifestación de despotismo. Terror despótico⁴.

En lo que respecta a la política de Rosas durante su segunda administración –período en el que Rivera Indarte escribe los textos que aquí se van a tratar–, el historiador John Lynch observa que el Restaurador implementa entonces una estrategia de gobierno tanto defensiva (movilización de la policía, regulación de los medios, dirección de la Iglesia y fortalecimiento del ejército) como ofensiva, basándose esta última en el “uso del Terror como instrumento de gobierno, para eliminar enemigos, para disciplinar disidentes, para advertir a los irresolutos y, finalmente, para controlar a sus propios partidarios” (*Juan Manuel de Rosas*: 200). El autor señala que:

el terrorismo no era popular, arbitrario, ni indiscriminado [...] no era anárquico. [...] El terrorista era el gobierno [...] y su intención era destruir a una clase dirigente rival [...] El terror tenía también una dimensión militar: se lo aplicaba en el campo de batalla [donde] se cultivaba el salvajismo como medio de disuasión (200-201).

En el marco del agitado contexto sociopolítico del rosismo, exactamente en el año 1839, Rivera Indarte debe exiliarse en Montevideo, donde continúa su labor en la prensa periódica apoyando la causa de los antirrosistas⁵. A partir de ese momento, pasa a formar parte –junto a los jóvenes del 37 y el grupo de los unitarios– de lo que Rojas denomina “la pléyade de los proscriptos” (Vol. V: 240). No obstante, es preciso aclarar que, dentro del proyecto de la generación del 37, Rivera Indarte constituye una figura incómoda y ciertamente marginal, un *poeta discutido*, tal como lo define Rojas (Vol. VI: 483).

⁴ Más allá de estos contactos que podrían considerarse “estratégicos”, la generación del 37 –nucleada en torno a la autodenominada “Asociación de Mayo”, en explícita referencia a la gesta independentista– procura diferenciarse de la perspectiva política defendida por los unitarios, a quienes los jóvenes intelectuales cuestionan, entre otros aspectos, su falta de atención a las particularidades de la realidad americana, y su política tradicional, ajena al liberalismo y al *dogma* de “criterio socialista” que ellos preconizan (Echeverría cit. en Rojas, Vol. V: 240).

⁵ Durante este período trabajó como redactor de *El Nacional* y *El Iniciador* de Montevideo y fundó, junto a Juan María Gutiérrez, los periódicos semanales escritos en verso *El Talismán* y *Tirteo* (1841) (Román, “Tipos de imprenta. Linajes y trayectorias periodísticas”: 473), (Mitre, “Estudios sobre la vida y escritos de D. José Rivera Indarte”: XXIII).

Algunos factores permiten echar luz sobre el caso. Antes de abrazar con ímpetu y virulencia la causa de los opositores, Rivera supo ser un acérrimo defensor del gobierno de Rosas⁶. Este cambio de perspectiva ideológica lo convierte en un miembro del antirrosismo particularmente vulnerable a las sospechas: para sus contemporáneos, Rivera Indarte encarna al traidor y al converso (Román: 473), y es así como será mayormente considerado⁷.

Si esta característica del derrotero político de Rivera enrarece la relación con el grupo de los proscriptos, también siembra dudas y despierta prevenciones su convicción siempre exasperada, desajustada con respecto a los protocolos estéticos y políticos de los jóvenes románticos. Esteban Echeverría cuestiona fuertemente no sólo su producción poética –por considerarlo un poeta sin sentimiento, un puro imitador de estilos ajenos–, sino también su actividad política y periodística, a la que define como “libelista, sin doctrina, denigrante, que hace muy poco honor a la causa de la libertad argentina” (cit. en Weinberg, “El periodismo en la época de Rosas”: 91)⁸. En este sentido, Lucero

⁶ Ubicándolo entre los “rosistas temporarios”, Jorge Myers aporta referencias acerca de la trayectoria periodística de Rivera en su período rosista, en el que se desempeñó como redactor de *El Imparcial* (1844), *La Lanza Federal* (1844) y el *Diario de anuncios y publicaciones oficiales* (1835), llegando incluso a dirigir, durante cierto tiempo, *La Gaceta Mercantil* (Myers Orden y virtud 44). Ricardo Rojas le atribuye también, en esa época, la fundación del periódico *El Investigador* (1832) y *La Revista de Montevideo* (1834) (Vol. VI: 486-487). Cabe agregar, como nota de color, que en esos años –exactamente en 1835– Rivera escribe su célebre poesía de alabanza al régimen, el “Himno de los Restauradores”.

⁷ En *Historia de la Confederación Argentina* (cinco volúmenes publicados bajo ese título en 1892), Adolfo Saldías, estudioso que inicia en la Argentina la historiografía revisionista, reivindica la figura y el gobierno de Rosas y dedica una sección a las enconadas polémicas sostenidas por la prensa rosista y la antirrosista, nucleadas en los periódicos *La Gaceta Mercantil* (1823-1852) y *El Nacional* (1838-1846), y en las plumas belicosas de Nicolás Mariño y José Rivera Indarte, respectivamente. En cuanto a los vaivenes ideológicos de Rivera, Saldías señala que “en don José Rivera Indarte se realizaba el hecho de que los que reaccionan ruidosamente contra su propio credo, llegan a ser los sectarios más esforzados del nuevo credo que adoptan, y, por consiguiente, los enemigos más implacables del que abandonaron” (Vol. IV: pp. 32). Las razones de su viraje político no están claras, pero el motivo que lo lleva a trasladarse a Montevideo parece haber sido, según apunta Rojas (Vol. VI: pp. 489-490), el encarcelamiento al que lo somete Rosas en 1839, por sospechar que Rivera se halla en connivencia con los proscriptos emigrados. Todas las citas del texto de Saldías que aparecen en el presente artículo corresponden al volumen 4 de *Historia de la Confederación Argentina*.

⁸ La relación entre Rivera Indarte y Echeverría es particularmente conflictiva y da origen a una fuerte polémica entre ambos. No obstante, la discusión no se desenvuelve en la esfera pública, a través de la prensa o folletos, sino de modo “semipúblico”, principalmente a través de cartas manuscritas (Román y Fontana, pp. 231-232). Para otros comentarios y aproximaciones a la polémica Rivera Indarte-Echeverría, véanse los trabajos de Graciela Batticuore, Félix Weinberg (“La época de Rosas. El romanticismo”) y Adolfo Prieto (*Los viajeros ingleses*), consignados en las referencias bibliográficas del presente artículo.

plantea que entre los jóvenes de la Asociación de Mayo “se destaca una tendencia hacia la sacralización y coherencia sistémica del discurso intelectual como oposición a la violencia del discurso preponderante en el período rosista. En este campo sacralizado, Rivera Indarte es inadmisibles” (27). Inadmisibles y a la vez reconocido como parte del grupo, Rivera y su pluma de tintas recargadas funcionan como azote brutal para el enemigo, al tiempo que constituyen un factor de desborde para sus aliados, causa de permanentes asperezas y disputas.

Sin embargo, según Lucero, otro factor converge junto a los mencionados para explicar la incomodidad que Rivera despierta entre los miembros de su generación. Lo que ocurre es que parte de los intelectuales del 37 se leen en Rivera, se identifican con él de un modo inconfesable; comparten, aunque sea por momentos, su estilo faccioso y virulento⁹, traicionando en estas “recaídas” el ideal de un discurso espiritualizado, depurado de ripios bárbaros¹⁰. Siguiendo esta idea, acaso sea posible plantear como un rasgo definitorio de Rivera el modo en que, sin dejar de pertenecer a la corriente liberal, imanta hacia ella, casi de manera constante, elementos que contravienen sus voceados principios (por ejemplo, a través de la propuesta de recurrir al atentado y el asesinato de Rosas como modo de resolver el conflicto político), con lo cual provoca fisuras en la

⁹ Saldías se explaya sobre la personalidad y la escritura de Rivera; aunque destaca, entre otros rasgos, su inteligencia y su “audacia genial” (35), lo caracteriza como un sujeto pasional y fanático, movido por el propagandismo inescrupuloso y la sed de venganza, y capaz de “sacrificar la verdad, las conveniencias, el decoro, hasta la propia existencia” (51) con tal de “desprestigiar, enlodar y anonadar á Rosas” (51). “Su pluma –añade el historiador– sólo corrió á impulsos de las pasiones vergonzantes de la época: como esos cerebros enfermizos que sólo producen bajo las innobles excitaciones del alcohol” (44).

¹⁰ Para Lucero, Rivera Indarte es, ante todo, un *locus* privilegiado de lectura, desde el cual es posible desmitificar “la pureza genealógica de los padres intelectuales” (7-8). Desde esta perspectiva la escritura de Rivera no sería una rareza aislada sino más bien el punto más extremo de un conjunto de retóricas, procesos, tensiones y acusaciones cruzadas que, en definitiva, caracterizarían, en mayor o menor medida, al conjunto del colectivo generacional. Es interesante contraponer su lectura con la de Félix Weinberg. Este autor extrema a tal punto la distancia entre Indarte y los contemporáneos más reconocidos que llega a sugerir que este “no fue cofrade de los románticos argentinos” (“La época de Rosas” 231). La perspectiva de Weinberg construye un Rivera Indarte cercado en una suerte de alteridad radical cuya escritura, plagada de “mentiras y tergiversaciones” (231), parece no tener punto de comparación con la de los otros miembros de la generación, ocupados, al parecer, en menesteres más “elevados”. “Su periodismo destructor y libelista era la antítesis de todo programa serio de reconstrucción nacional. Ello explica que estuviera poco menos que aislado en Montevideo” (231), apunta el investigador.

coherencia del programa. La retórica de Rivera elabora y sostiene una ideología al tiempo que muestra sus hilachas, profundiza las grietas de la trama.

Tiranos, tiranicidas y cuerpos sin tumba

En esta aproximación a la producción literaria de Rivera Indarte trabajaré con *Tablas de sangre* (1844), el opúsculo *Es accion santa matar á Rosas*, incluido como apéndice en el libro *Rosas y sus opositores* (1843)¹¹; y, por último, una selección de sus *Poesías* (1853)¹². Tanto las poesías políticas –o “patrióticas”, como las llama Bartolomé Mitre en su prólogo a dicha edición–, como las *Tablas* y la diatriba en defensa del tiranicidio presentan como características centrales la acumulación de detalles macabros, el despliegue de una retórica furibunda, y el recurso a la enumeración, la repetición y la hipérbole¹³. Tomado en su conjunto, este desborde discursivo parece replicar el exceso que el gobierno de Rosas y sus partidarios despliegan en lo retórico, lo político y lo social¹⁴. En base al corpus textual seleccionado, el objetivo general de este trabajo es explorar las siniestras representaciones que Rivera Indarte compone de Rosas, su administración y sus seguidores políticos, así como también indagar una cuestión central que atraviesa las páginas del autor y sale al encuentro del lector

¹¹ *Rosas y sus opositores* constituye una colección de artículos originalmente publicados en *El Nacional* de Montevideo, periódico considerado por Saldías como el “órgano oficial de la revolución contra el gobierno de Rosas” (32).

¹² *Poesías* constituye un texto antológico y de edición póstuma, compilado y prologado por Bartolomé Mitre en 1853. De este volumen he seleccionado, para el presente análisis, una serie de composiciones de tema político: “Al tirano Juan Manuel de Rosas”, “Himno fúnebre de la provincia de Corrientes”, “La Argentina”, “A los Rosines”, “Coro de esclavos”, “A los padres jesuitas de Buenos Aires”, “El ensueño”, “Batalla de Caaguazu” y “La noche en el Cháco”. Para un listado completo de la bibliografía de Rivera Indarte véase Rojas (Vol. VI, pp. 493-495).

¹³ Acerca del carácter ciertamente macabro de las poesías antirrosistas de Rivera, Saldías apunta que “en el gran número de los [versos] que dedica á su propaganda política, el verso está como calcinado por el odio, y gira alrededor de un conjunto multiforme, repugnante y horrible de cadáveres putrefactos, de escoria amontonada con cierto placer, puñales humeantes, miembros mutilados, sangre, infamia y vergüenza” (47).

¹⁴ Adolfo Prieto señala la estrecha distancia que media entre la retórica de los opositores de Rosas y la de sus partidarios. Desde la perspectiva del crítico, estas posiciones se asemejan notablemente en su desmesura y provocación a la violencia, a tal punto que sólo parecen distinguirse por el cambio de signo político (Prieto, *Proyección del rosismo*: 32). De un lado y de otro, la escritura adquiere los patrones de la guerra: como propone Rosalía Baltar en su estudio sobre los letrados en tiempos de Rosas, durante ese período “el *todo vale* a la hora de atacar al enemigo es una condición de producción” (146-147, la cursiva es de la autora).

con singular insistencia: el tópico de los *restos insepultos*, mancillados, de las personas ultimadas por el poder del gobierno despótico.

En *Es accion santa matar á Rosas* Rivera Indarte enumera, apoyándose en numerosas citas de autoridad, un conjunto de argumentos que justificarían el tiranicidio en el caso del Restaurador de las Leyes. La argumentación se sostiene en el concepto de reciprocidad de obligaciones entre gobierno y sociedad civil; citando textualmente al Comendador Pinheiro –entre otras tantas figuras– Rivera anota:

Mientras la legislación asegura á los ciudadanos el derecho de resistencia legal, y el Gobierno no disminuye ni coarta sus consecuencias legítimas, es necesario permanecer en su recinto, y seria culpable de lesa nacion el que pudiendo oponerse al poder por la prensa, en la urna electoral, en los bancos parlamentarios, desenbainase la espada y se pusiese en guerra de sangre con el gobierno establecido (cit. en Rivera Indarte: *Es accion santa*, 322. La cursiva es mía).

No obstante, razona Pinheiro, en el caso de un gobierno despótico, “la insurreccion de los hombres libres [...] no es sino la resistencia de la razon y de la ley contra las invasiones del arbitrario” (322). Fundamentándose en estas ideas, Rivera concluye que la existencia en la Argentina de un gobierno despótico que atenta contra las instituciones concede a la ciudadanía el legítimo derecho de apelar a la fuerza. La insurrección se perfila como el único modo de sortear la sumisión que impone la tiranía.

En *Es accion santa matar á Rosas* el Restaurador se presenta como el gobernante que se ha desplazado fuera de las leyes humanas (y divinas), imponiendo su voluntad individual por sobre la ley general y el bienestar de los gobernados. En este sentido, Rivera denuncia que “[en Buenos Aires] las instituciones están profanadas por un despotismo tal, que jamás no ha existido otro semejante” (323); que en todo el país, la población vive sumida en “un terror bajo el cual todos gimen” (329), y que “entre el tirano y los que componen el pueblo, roto todo vínculo, existe un verdadero estado de guerra” (330, la cursiva es mía). Por otra parte, tanto en sus artículos periodísticos como en las

composiciones poéticas son ampliamente utilizados los términos *monstruo* y *criminal* para referirse a Rosas, sobre el cual el autor asegura que “podemos, pues, llamarle sin escrúpulo alguno malvado monstruoso, tirano horrible y feroz, escándalo y azote de la humanidad” (345)¹⁵. De un modo nítido y concluyente, en su opúsculo Rivera contrapone la monstruosidad de Rosas a la “moral heroica” (357) de aquella persona –hombre o mujer, porque el autor no descarta que pueda existir en Buenos Aires alguna discípula de Judith o Charlotte Corday– que tras leer la furibunda apología del tiranicidio, emprenda la *acción santa* de exterminar al ominoso engendro¹⁶. Los profusos campos semánticos del terror y la santidad acercan a lo largo de las páginas la figura del tiranicida a la de una suerte de “Ángel Exterminador” que apurará el fin de los tiempos nefastos y el advenimiento de una nueva República.

Pero si en el entramado ideológico de Rivera Indarte el tirano encontraría a su antagonista evidente en el/la tiranicida, es preciso detenerse a pensar qué características asume para el autor la relación entre el poderoso y abusivo Rosas y el pueblo. En los textos analizados –aunque por cierto, también en los de otros autores del período– se observa que la relación tirano-pueblo se presenta de un modo problemático y ambiguo. En *Es acción santa...* Rivera insiste en la imagen de un *pueblo* –es el término que usa con frecuencia el autor– *enemigo* de Rosas que lucha contra su opresión o bien se mantiene bajo su yugo sólo por encontrarse “diezmado y degradado por el terror” (373). Hablando en criollo, de esta manera el autor “lleva agua para su molino”: construye la figura de un

¹⁵ Asimismo, en su poema “Al tirano Juan Manuel de Rosas”, el yo poético se dirige al Restaurador diciéndole: “Es tu guarida dédalo sinuoso / De oscuros subterráneos socavado, / Y allí estás en su seno cavernoso / Como el monstruo cretense despiadado” (*Poesías*, pp. 18).

¹⁶ Quisiera apuntar –aunque la cuestión exceda los límites de este trabajo y sólo pueda quedar planteada para desarrollos ulteriores– que la caracterización de Rosas que Rivera construye en estos textos habilita ser pensada a la luz de la categoría sociohistórica del “monstruo moral” propuesta por Michel Foucault, cuyo surgimiento el autor francés data entre mediados del siglo XVIII y principios del XIX. La figura del monstruo moral –también llamado *criminal monstruoso*– supone la concepción, sin precedentes en la historia occidental, de una naturaleza monstruosa de la criminalidad. Este individuo –que insinúa su presencia también en la literatura del mencionado período– es caracterizado como aquel cuyo “interés irregular, desviado, no [es] concordante con la naturaleza misma de todos los intereses” (91), como el sujeto que rompe el pacto social reintroduciendo allí la naturaleza, negando, por esto mismo, la naturaleza del interés social. Foucault agrega que esta noción tuvo en sus inicios un sentido eminentemente político, utilizándose en el contexto de la Revolución Francesa para caracterizar al soberano despótico, encarnado en la figura de Luis XVI.

déspota solipsista, enfrentado tanto a los “patriotas” en armas como a una población pasiva y amedrentada pero sin duda “amiga” de la causa liberal. Gobernante y pueblo aparecen entonces como entidades contrapuestas. Pero esta representación descubre, por cierto, oscilaciones, zonas en las que el tirano entronizado y el pueblo parecen acercarse y coincidir. Ambos actores sociales se dan cita en un transitado sintagma: “el vil populacho” (*Es accion santa* 328). Con este significativo viraje terminológico e ideológico respecto a la romántica noción de *pueblo*, Rivera se refiere a los sectores populares que apoyan a Rosas en su proyecto político de terror y de barbarie¹⁷. El autor no insiste en esta alianza y más bien parecería que procura invisibilizarla –con el argumento de que el pueblo no se rebela porque está atemorizado–, pero esta se cuela entre líneas. Acaso la negación parcial, o invisibilización de las bodas gobierno-pueblo, pueda ser leída como un síntoma de cierta dificultad experimentada por Rivera a la hora de reconocer en Rosas a un gobernante efectivamente legitimado por gran parte de los sectores populares.

Pero el proyecto del tiranicidio no se desvanece, y Rivera insiste; acumula argumentos, referencias, razones. En el detallado catálogo de rasgos nefastos que conforman la figura de Rosas, en el cual se reúnen –o mejor dicho, se *acumulan* a fuerza de enumerarlas– características y acciones del presente con otras tantas de épocas pretéritas (de los tiempos en que Rosas aún no tenía cargo público ni investidura alguna), Rivera acusa al Restaurador de abigeato, traición, hurto de caudales públicos, incesto, castración, envenenamiento, profanación de la religión del Estado, fusilamiento de sacerdotes, parricidio, persecución de los opositores políticos y usurpación de la autoridad pública. Todos estos delitos, argumenta Rivera, normalmente son castigados por las leyes con la pena de muerte; ergo, el tiranicidio queda justificado.

¹⁷ La distinción entre “pueblo” y “populacho” que aparece en Rivera es semejante a la que se plantea en otros escritores del período, entre ellos, Echeverría. Desde la perspectiva que este autor promueve en el *Dogma socialista* (1846), el *pueblo* o “comunidad social” se compone de dos sectores: “la parte sensata y racional” y la “parte ignorante”, retrógrada, partidaria del despotismo y las prácticas de terror político (pp. 256-258).

En el “prontuario” de Rosas que el publicista elabora aparece una última acusación, también merecedora de la pena capital, en la que quisiera detenerme. Se trata de una singular práctica que el autor atribuye exclusivamente a la administración rosista, y que cuenta con la plena autorización y estímulo por parte del propio tirano: el procedimiento de mancillar los cuerpos de los enemigos muertos y privarlos de sepultura. La negación del sepulcro se sustenta, como señala Rivera en *Tablas*, en una suerte de regla de oro del terror rosista según la cual “no se permite dar sepultura al que es ejecutado” (75). Frente a esta costumbre atroz, el autor argumenta con sensible indignación que “se debe sepultura, no tanto al hombre ó á la persona como á la humanidad” (*Es accion santa* 342). Acaso lo que está en juego en el mandato social del entierro es el carácter abyecto del cadáver, la necesidad humana -incluso la urgencia- de expulsarlo de la órbita de lo vivo. Rosas infringe esta norma, y el gesto de desdibujar la frontera que *debe* separar a los vivos y los muertos provoca un contagio de lo abyecto a su persona. Para Rivera Indarte, Rosas es abyecto porque (en este como en otros sentidos) perturba un sistema, un orden: no respeta límites, hace proliferar lo ambiguo, lo mixto (es decir, lo monstruoso). De un modo ciertamente paradójico, el *Restaurador* sería, desde la óptica de Rivera, el máximo transgresor, el hombre que se regocija en quebrantar numerosos tabúes, entre ellos, el trato respetuoso del cadáver y el descanso en cristiana sepultura.

Según intentaré argumentar en las siguientes páginas, Rivera Indarte parece atribuirle al rosismo, como parte de su estrategia política, la intención de *no dejar descansar* los despojos de los enemigos (sobre todo los de aquellos opositores declarados y activos), haciéndolos permanecer y circular sobre la tierra, asignándoles nuevas funciones y valores simbólicos¹⁸. Pero de los textos del autor emerge, en paralelo a estas figuraciones, otro sentido de los restos

¹⁸ Los enemigos públicos del régimen son aquellos sobre los que suele recaer más a menudo el maltrato del cadáver, aunque por cierto no son los únicos. En efecto, el autor señala que apenas “una palabra escapada durante el día en favor del partido, cuya ruina había sido jurada [el partido unitario]” podía ocasionar la muerte, el degüello, “la cabeza de la víctima clavada en la punta de una lanza, ó colgada de la cuerda de un farol” (*Es accion santa*: 343). No obstante, por ser mayor el encarnizamiento con los cuerpos de los opositores manifiestos y abiertamente combativos, privilegiaré estos casos a lo largo de la exposición.

insepultos del luchador antirrosista: estos pertenecen al mártir, en razón de lo cual transmiten a los patriotas en lucha el mensaje de la resistencia¹⁹. El cuerpo maltratado se alza así como el emblema visible de toda una generación enfrentada al despotismo, como el símbolo de la vigencia de los principios políticos liberales de la Revolución Independentista de Mayo. En síntesis, la estrategia de Rivera Indarte consiste en definir y demarcar nítidamente el *valor* que estos restos tienen para *ellos* (Rosas, sus aliados y sus subordinados) y para el *nosotros* del que él mismo se siente parte (los patriotas). A partir de lo expuesto, es válido plantear que en los textos analizados el tópico de los restos insepultos del antirrosista configura *otro campo de batalla* (simbólico, en este caso) en el que la lucha entre el gobierno y los opositores continúa.

Avatares del cuerpo insepulto, destino de sus partes

Tablas de sangre constituye, en términos formales, un texto singular, una suerte de “diccionario del Terror” que organiza y expone alfabéticamente un grueso listado de flagelos, vejámenes y matanzas perpetrados por la administración de Rosas. Más allá de algunas excepciones, funcionan como “entradas” los nombres de las ciudades, pueblos o batallas en los que dichas acciones se perpetraron, el mes del año en que ocurrieron, los apellidos de las víctimas, o los de ciertos testigos presenciales de los hechos, muchos de los cuales son rosistas “pasados” (ex partidarios de Rosas que viraron hacia el bando unitario) que aceptan declarar frente a la Comisión encargada de averiguar los crímenes de Rosas. *Tablas* puede ser considerado no sólo como un catálogo o diccionario, sino también como un libro de contabilidad en el que el autor – devenido una suerte de “tenedor de libros”, de los libros del terror– pretende llevar exacta cuenta de los excesos de la administración rosista, cuyo balance – desde el año 1829 hasta el 31 de octubre de 1843– arroja la cifra, asombrosa y

¹⁹ Uso el término *patriota* por ser el que frecuenta el autor para referirse a los opositores políticos de Rosas.

polémica, de 22.030 personas muertas a manos del régimen²⁰. Entre esta multitud de nombres se encuentran, por supuesto, los de aquellos combatientes que, sobre todo en sus poesías, Rivera no vacilará en caracterizar como mártires (el general Juan Lavalle, Marco Avellaneda, Pedro Castelli, Mariano Acha, Marcos González, Genaro Berón de Astrada, entre otros).

Acaso no sea ocioso dedicar un breve párrafo a pensar qué relación puede plantearse entre *Tablas* y *Es accion santa matar á Rosas*. Este opúsculo hizo su primera aparición a modo de apéndice de *Tablas*. En función de las características que los dos textos presentan (el primero, un *racconto* de los crímenes del tirano; el segundo, una apología razonada y argumentada del tiranicidio), la decisión de editarlos juntos y *contiguos* podría estar sugiriendo una relación de necesidad lógica, de causa evidente y consecuencia necesaria que en términos de Rivera se enuncia del siguiente modo: “el tirano no puede nunca levantar el hacha sobre la cabeza del pueblo sin que [...] el hacha del pueblo no se levante sobre la cabeza del tirano” (*Es accion santa* 334).

Es posible plantear que el formato de “registro contable” de *Tablas* impone la fragmentariedad, pero esta característica, lejos de contener el desborde discursivo, a su manera consigue potenciarlo a través de tres estrategias fundamentales: en principio, la enumeración, con su lógica de acumulación y de inventario; pero también la repetición y el contraste. El efecto de contraste se produce entre la densidad atroz de lo que se cuenta y la “frialdad” ordenada de la forma textual que se elige para presentarlo. En cuanto a la repetición, por un

²⁰ Saldías discute la veracidad de esta cifra, argumentando que “Rivera Indarte englobaba en ellas, como otros tantos crímenes de Rosas, las que se referían á los individuos que en ese lapso de tiempo, en que rigieron cuatro administraciones, fueron condenados por delitos comunes á la pena ordinaria de muerte, y á los que murieron durante la guerra civil que se inició sin cuartel en las provincias argentinas á partir del fusilamiento del gobernador Dorrego ordenado por el general Lavalle” (60). El historiador recupera los descargos aparecidos en esa época en *La Gaceta Mercantil*, periódico favorable a Rosas, que respondió una a una a las acusaciones de Rivera, denunciando su carácter falaz y exagerado, y atribuyendo muchos de esos crímenes a los propios unitarios. Por su parte, Lynch coincide en que “las cifras [aportadas por Rivera en las *Tablas*] contienen una cantidad de defectos. [...] Están influenciadas por prejuicios y probablemente exageradas. [...] No discriminan entre delincuentes y víctimas de persecución política, entre castigos legales y asesinatos, entre Buenos Aires y las provincias. Rivera Indarte atribuyó a Rosas responsabilidad personal por todos los actos de violencia cometidos por los federales en toda la república, a menudo por gente carente de autorización y más allá del control” (229).

lado se apela a la sucesión monótona de breves secuencias criminales en las que varían las víctimas pero la acción es la misma o parecida (los verdugos de Rosas degollaron/ejecutaron/asesinaron/torturaron/mutilaron a A, B, C, D, E, F...). Por otro, se trata de la reiteración de términos del campo semántico del homicidio que se compactan de modo abrumador en una misma oración o párrafo, con el consiguiente efecto enfático e hiperbólico. Así ocurre en el relato (reproducido en forma indirecta) del teniente Almirón, quien vio, pocos días después, *degollar* al teniente coronel Mones, porque no podía caminar; que *degollaron* en Córdoba a dos hombres, porque habían representado una comedia patriótica; que en la persecución que hicieron las tropas de Rozas [...] tomaron como cien prisioneros que *fueron degollados* en el paraje llamado Macha [...] (Tablas: 66).

Tablas recoge y detalla las múltiples formas en las que Rosas y sus esbirros –entre ellos, los miembros de la Mazorca, ala radical de la Sociedad Popular Restauradora e instrumento del terror del Estado– ejercitan el oficio de matar: degüellos ante todo, pero también fusilamientos, envenenamientos, desangramientos por mutilación, y otras variantes. Pero aquí no termina el oprobio, puesto que, como se ha adelantado en el apartado anterior, y con más frecuencia en los casos de los enemigos políticos públicos y declarados, a la muerte suele seguirle el maltrato de los restos, su manipulación inhumana. Siguiendo los datos que proporciona Rivera, esta usanza se despliega en una serie de prácticas: en primer lugar, la negación de sepultura; pero también, y en estos casos quisiera centrarme, la exhibición vejatoria y ejemplar de partes de los cuerpos (o a veces, de cadáveres enteros), la mutilación con fines lúdicos o con el propósito de refuncionalizar ciertas partes y, por último, la práctica de la antropofagia. Si la norma moral que Rivera esgrime exige que tras la muerte los despojos vuelvan a la tierra, Rosas se presenta como la confrontación absoluta de este mandato cultural, en tanto hace que los cuerpos (o partes de ellos) *sigan circulando de diversas formas entre los vivos*. Veamos una por una estas diversas variantes del ultraje *post mortem*.

En primer término, Rivera Indarte denuncia el acto de negar a los cadáveres la debida sepultura, utilizando sucios carros para arrojarlos brutalmente “á una zanja del cementerio, sin que fuese permitido á las familias consagrarles un sepulcro” (*Es accion santa*: 225), o abandonándolos directamente a plena luz. Entre otros ejemplos que figuran en *Tablas*, recuperando la declaración aportada por un teniente cordobés ante la mencionada Comisión investigadora, el autor describe el tratamiento dado al cuerpo del general Mariano Acha que fue “tirado a la izquierda del camino como a distancia de media cuadra [...]” (66). Más adelante denuncia que “después de la acción del Rodeo del Medio [las tropas de Rosas] entraron a la ciudad de Mendoza, y que al día siguiente por la noche [el declarante] vió siete cadáveres tirados por las calles” (66). Asimismo, refiriéndose a un grupo de prisioneros degollados, apunta que “sus cadáveres quedaron insepultos a términos de que los rocines mudaron el campo por la putrefacción” (66). Puede pensarse que en el gesto de abandonar un cuerpo de ese modo se cifra un mensaje: en tanto el enemigo es un *salvaje* (un “salvaje unitario”, según el famoso lema federal) merece morir como los animales: insepulto y devorado por otras bestias.

En segundo lugar, Rivera Indarte denuncia en las *Tablas* la práctica de la exhibición de cadáveres completos o de partes (habitualmente la cabeza). Entre otros episodios escalofriantes, relata el caso de un grupo de prisioneros que son torturados psicológicamente al ser encerrados junto a un hombre muerto que va pudriéndose lentamente junto a ellos: “Rozas hizo que el cadáver permaneciera dos días en el sitio en que expiró para tormento de sus desgraciados compañeros de encierro” (95). Asimismo, con respecto a la exhibición de “piezas” corporales, el autor observa que, cuando las fuerzas antirrosistas iban a Mendoza, “encontraron en el mismo camino la cabeza del general Acha clavada en un palo [...]” (66). Incidentes como estos abundan en el texto: por medio de ellos se subraya la usanza federal de convertir la exposición de despojos en escarnio para el muerto y, al mismo tiempo, en espectáculo ejemplar para los vivos. En el sórdido devenir de la escritura, esta exhibición parece incluso adquirir visos lúdicos, burlescos, convirtiéndose el cuerpo muerto del antirrosista en objeto de ironía e irrisión, de chanza macabra: “tras de ellos [los

cadáveres] iban los asesinos tocando una música de farsa y gritando ¡quién compra duraznos! Las cabezas de las víctimas eran puestas en el mercado público adornadas con cintas celestes” (64)²¹.

Otra forma de manipulación *post mortem* que Rivera Indarte destaca consiste en la mutilación y la transformación de trozos de cuerpos muertos en objetos de uso: lo que se fabrica con las partes cortadas suelen ser implementos destinados a las faenas propias del campo, piezas que, por otro lado, siempre están destinadas al empleo personal del Restaurador. Entre otros tantos ejemplos, se señala la confección de “bozales y otros arreos” para los caballos de Rosas (*Es accion santa*: 340), y se comenta lo sucedido con Astrada, “muerto el 31 de marzo de 1839 en Pago Largo, y de su piel sacada una lonja y hecho una manea para el caballo del degollador Rozas” (*Tablas*: 76, la cursiva es del autor). El enemigo político pasa así de sujeto vivo a cuerpo muerto, de cuerpo a fragmento, y de fragmento a objeto de uso cotidiano de quienes lo ultimaron. Otro destino para los trozos mutilados es convertirse en piezas de colección, trofeos; objetos para la conformación de una suerte de museo del horror, como ese par de orejas que el general Manuel Oribe –aliado político y militar de Rosas en Uruguay– le “remite a la hija de Rozas, y [que] ésta presenta a las damas y caballeros de su tertulia” (79). Asimismo, Rivera Indarte refiere otros casos en los que la mutilación parece estar ligada al puro goce de maltratar el cadáver a partir del acto de mancillar alguna de sus partes. Esta suerte de ultraje por sinécdoque encuentra clara ilustración en el caso del teniente coronel D. Juan Zelarrayán, de quien “Rozas hizo traer la cabeza a su casa, y como frenético la manoseaba, la escupía, la pisoteaba [...]” (129)²². En síntesis, la parte del cuerpo, en lugar de “descansar” bajo la tierra, es convertida en objeto de uso (manea), de colección (orejas), o de “escarnio y juguete” (*Es accion santa*: 340) que sirve para calmar la furia ciega del Restaurador. frecuentar

²¹ Recordemos que el color celeste es el emblema del Partido Unitario, en contraposición al rojo punzó, símbolo del Partido Federal encabezado por Rosas.

²² Zelarrayán, integrante del ejército de Rosas y comandante de la frontera sur de la provincia de Buenos Aires, es acusado de planear un levantamiento entre la tropa, razón por la cual se decide su ejecución.

Por último, Rivera Indarte acusa a Rosas y sus *verdugos* (es el término que suele utilizar el autor) de prácticas antropófagas, ligadas fundamentalmente al consumo de sangre, aunque también se mencionan otras ingestas, como las “orejas saladas” (*Es acción Santa* 340) que prepara Manuela, la hija de Rosas, para los invitados que frecuentan la casa. Siguiendo el planteo de Gabo Ferro acerca de las representaciones vampíricas del rosismo en la literatura de los opositores, puede decirse que existe un sentido figurado, metafórico, del canibalismo y el vampirismo de la administración de Rosas, que funciona en la prosa de los escritores antirrosistas como metáfora de un gobierno asesino y de una política destructiva en la que “los mandatos políticos del Restaurador de las Leyes representan heridas a una sociedad cuyo cuerpo está vaciando de a poco” (*Barbarie y civilización. Sangre, monstruos y vampiros durante el segundo gobierno de Rosas*: 124). No obstante, si este primer sentido no está ausente en los textos de Rivera, lo que se destaca es la insistente y exacerbada acusación de una antropofagia ya no figurada sino literal. En *Tablas*, esto se advierte en el relato del caso del soldado federal que tras beber la sangre de un degollado exclamó “*que tenía hambre y sed de esa clase de alimento*” (132, la cursiva es del autor), así como también en la costumbre de otros verdugos rosistas de “[...] lamer el cuchillo ensangrentado con que la han sacrificado [a la víctima], tomar la sangre en sus manos y beberla [...]” (71). Asimismo, es preciso notar que el modo en que Rivera presenta el episodio parece sugerir que esta antropofagia *real* tiene por cierto un valor simbólico para quienes la practican. En el imaginario del autor, lo material y lo simbólico se cruzan y se complementan: el asesino no bebe la sangre sencillamente porque tiene hambre, sino porque tiene hambre y sed (las dos cosas juntas, en su apuesta redoblada, activan la hipérbole) de esa clase de alimento *en particular*: el fluido vital de un enemigo.

La manipulación de las cabezas como espectáculo, la mutilación en sus variadas formas y fines, el abandono de los cadáveres decapitados e insepultos y las prácticas antropófagas tienen un punto en común: la figuración dantesca que Rivera Indarte construye sugiere que el tratamiento de los restos mortales del enemigo por parte de la administración rosista consiste en gran medida en fragmentarlos, *desarticularlos* (volverlos cabezas sin tronco y troncos sin cabeza,

chorro de sangre que mana, lonja de carne que cuelga, orejas, genitales cortados, en fin: vestigios humanos que brotan y se multiplican a través de las páginas), para luego *absorberlos*, adherirlos al cuerpo del régimen en razón de sus propias necesidades²³. Estos despojos devienen *objetos*, pura *materia* (para el tormento, el trabajo, la alimentación, el goce, la museología, la pedagogía), adquieren una *función*, y a menudo se ponen *en circulación*. Porque existe también una circulación de estos cuerpos-piezas-objetos, una dinámica de tránsito que Rivera escenifica en su semblanzas siniestras: se dice así que Oribe *le trae* un par de orejas a Manuela, y que Rosas *hace traer* la cabeza [de Zelarrayán] a su casa; asimismo, las humilladas testas de algunos enemigos son cortadas y transportadas hasta mercado público para ser ofrecidas como frutas en venta, mientras que otras tantas son llevadas hasta tal o cual punto para exhibirlas, cubriendo “los caminos y plazas de esas provincias con [...] las sangrientas cabezas...” (*Tablas* 244).

Fragmentación, circulación, absorción, uso: la escritura de Rivera Indarte promueve la imagen de un gobierno que, como un gran metabolismo, se nutre política, simbólicamente, de los restos insepultos de los enemigos. Estos son la energía que no se pierde sino que se transforma: en cada caso, la exhibición atroz de *lo muerto*, en sus caprichosos e impunes avatares, vale como expresión de una nueva derrota del enemigo político. A partir de la seguidilla de casos que Rivera enhebra en su rosario de horrores, se impone esta imagen: a contracorriente de la *masa viva* de las fuerzas antirrosistas, circula un cúmulo de cuerpos y partes sueltas que no halla descanso bajo la tierra porque se precisa para alimentar la maquinaria infernal del régimen. Los textos del autor modelan así una concepción trófica de la política de Rosas que acaso encuentre su expresión más sintética y cabal en los siguientes versos: “Si hay quien mata por reinar / Rosas reina por matar / y está de sangre nutrido” (*Poesías*: 298).

²³ Fragmentación de los cuerpos: “Al que nos pida las pruebas, con una mano le señalaremos á Buenos Ayres [...] con sus parajes solitarios de los que cada cual esconde una tumba ó está ocupado por un cráneo, una pierna, un brazo, un miembro de un cadáver asesinado por orden de Rosas [...]” (Rivera Indarte, *Es accion santa* 345).

En resumidas cuentas, podría decirse que la escritura de Rivera Indarte parece concebir la particular administración de la muerte ejercida por el gobierno rosista en términos de una *economía política del cuerpo muerto*. Utilizo, claro está, el concepto de *economía* en un sentido metafórico, para referirme al espectro de prácticas en las que lo criminal se cruza con lo político, y en que los restos insepultos de los opositores al régimen adquieren nuevos sentidos, convirtiéndose en objetos circulantes, funcionales, dotados de diversos valores simbólicos para los “bárbaros” que controlan la maquinaria del poder público.

Polisemia del espectáculo

La figura del mártir de la lucha contra Rosas presenta, en los textos analizados, una importancia central. Constructo preclaro de la ideología antirrosista, la especie singular del mártir se destaca en el vasto conjunto de los caídos en manos del terror por tratarse, específicamente, de hombres que, ya sean civiles o militares, mueren enfrentando por las armas, en combate, a la tiranía²⁴. Siguiendo a Pablo Ansolabehere, el grupo de los escritores proscritos al que pertenece Rivera caracteriza como mártires a aquellos ciudadanos que desplegaron una intensa actividad política y militar contra Rosas; hombres que, actuando como abiertos enemigos del régimen, hicieron propia la voluntad de sacrificarse por los ideales de Mayo y que a partir de cierta coyuntura política asumieron el destino funesto pero sublime de morir por la causa²⁵. “Si en Mayo hay héroes, con Rosas es tiempo de mártires” (273): el nuevo contexto histórico-político obtura el aliento épico e impone la emoción trágica de la derrota y el

²⁴ Es preciso aclarar que no todos los hombres considerados mártires de la causa antirrosista son militares de carrera (como el general unitario Lavalle); en muchos casos –como el de Pedro Castelli o el de Marco Avellaneda– se trata más bien de civiles “que toman las armas porque las circunstancias les obligan a ello” (Ansolabehere, “Preciso es que haya mártires”: 272). Otras formas de llamar al mártir que pueden encontrarse en los textos de Rivera: “adalid”, “patriota”, “bravo”.

²⁵ A pesar de no haber muerto a manos del poder de Rosas sino a causa de una enfermedad, Rivera puede preciarse de haber sido considerado él mismo como un mártir. El responsable de tal elogio es Bartolomé Mitre, acérrimo detractor del gobierno de Rosas, quien recupera al belicoso y controvertido escritor y produce, en términos de Lucero, una “purificación y sublimación de su figura” (36). En efecto, Mitre escribe la biografía de Rivera Indarte, en la cual afirma: “el árbol de nuestra libertad ha sido regado por el sudor de los trabajadores y por la sangre de los mártires: los mártires de los campos de batalla y los mártires de la inteligencia. A estos últimos pertenece D. José Rivera Indarte” (XII).

tormento²⁶. La diferencia entre la época gloriosa de las luchas independentistas (que se asume como modelo) y el presente de tiranía, barbarie, ruinas, muerte, adquiere, desde la óptica de los antirrosistas, los contornos de la pesadilla, del sueño destrozado de la “patria liberal”. No obstante, entre la figura del héroe y la del mártir, Rivera Indarte traza diferencias pero también continuidad. Ambas se relacionan a través de la identificación y la divergencia, tal como puede advertirse en el “Himno fúnebre de la provincia de Corrientes”, donde el yo lírico exclama, refiriéndose en este caso al coronel Berón de Astrada, muerto en la batalla de Pago Largo:

Oh! mártir esforzado
A tu cuerpo insepulto,
En tu pecho angustiado
Túmulo, templo y culto
La Patria le dará.
Te faltó la fortuna
De los héroes famosos
Mas cualidad alguna
De sus hechos gloriosos
Se viera en tí faltar (Poesías: 27-28).

La figura del combatiente antirrosista/mártir y el tópico de los restos insepultos no son pasibles de una superposición total: en primer lugar, porque los mencionados vejámenes se ejercen, en algunos casos, sobre personas cuya oposición al régimen no es de carácter público y activo, y que por tal razón escapan a la caracterización riveriana del “mártir de la lucha” (ver nota 18); en segundo lugar, porque no todos los que han muerto en acción han sufrido el ultraje de sus restos²⁷. No obstante lo dicho, es preciso reconocer en Rivera una insistencia en exhibir como corolario *post mortem* del sinfín de sacrificios y tormentos que supone la condición de mártir el maltrato tras la muerte y la

²⁶ Ansolabehere señala: “la predilección por la derrota [en la literatura antirrosista] podría explicarse por una razón estadística: en el período que va de 1839 a 1849 hay un claro predominio de reveses sufridos por aquellos que se enfrentan a Rosas y sus ejércitos” (272).

²⁷ De hecho, las tumbas de los caídos que han sido debidamente sepultados son un tópico importante que el autor despliega en algunas de sus poesías.

negación del derecho primordial del entierro, aspectos que contribuyen a engrandecer aún más la figura del valiente caído. En efecto, las poesías del autor abundan en ejemplos de mártires insepultos; esto puede observarse en las ya citadas “Himno fúnebre de la provincia de Corrientes” y “La Argentina”, pero también en “A los Rosines”, donde se construye la imagen de la República como una tierra sembrada de ruinas y de cráneos (*Poesías* 178); y en “Coro de esclavos”, donde los rosistas exclaman:

Que vengan, que vengan, los muelles soldados;
Después de vencidos serán degollados;
Sus bustos humeantes trofeos serán,
Sus lindos cabellos, cubiertos de abrojos,
Sus novias y madres con lívidos ojos
En lanzas sangrientas flotando verán (*Poesías* 102-103).

El mártir exhala su último aliento, pero en la medida que sus restos (su cuerpo entero o alguna de sus partes) no son sepultados, en tanto continúan entre los vivos a través de los distintos valores y funciones que la administración rosista les atribuye, la suya es una muerte prolongada que se dilata en la continua exposición de sus despojos durante días, meses, acaso años (hasta que sólo quede un cráneo perdido en algún camino). Los textos de Rivera permiten pensar que el cuerpo del mártir no termina de cruzar el umbral que lo separa de los vivos sino que se instala en él: en lugar de morir de una vez y para siempre disolviéndose bajo la tierra, no cesa de morir, o de ser re-matado, en la continua exposición de su cadáver. Sometido a un régimen de presencia, *lo muerto sobremuere*: persiste, desafiando el límite o separación que suponen la muerte como acontecimiento fisiológico y los mandatos/tabúes que rigen las prácticas funerarias.

Es preciso detenerse a analizar un aspecto central de la figura del mártir: la dualidad, el carácter polisémico que presenta incluso para los propios compañeros de causa. Si el tendal de mártires que perdieron la vida a manos de las tropas de Rosas despierta en los escritores del período la conciencia trágica de la derrota, no es menos cierto que estos patriotas caídos también constituyen el corazón de la mística política y combativa de los antirrosistas, el ejemplo

paradigmático que los salva de la desmoralización. Rivera insiste en señalar que la sangre derramada alimenta a quienes siguen peleando, tal como deja ver la siguiente estrofa de “El ensueño”: “Sangre toda creencia necesita / Y el mártir á verterla destinado, / Vá por un ángel de pasion guiado / A morir noblemente en su mision” (Poesías: 216)²⁸. En su lucha contra la opresión, estos hombres han dejado su rastro, la *senda visible* que los opositores de Rosas deben seguir. El tema de la *huella* de los mártires puede verse, por ejemplo, en los siguientes versos de la canción “La Argentina”:

Blanqueando de cráneos está nuestra senda,
Do mártires nobles que su alma en ofrenda,
Luchando rindieron ¡oh Patria! En tu altar,
De odiosos tiranos con sangre vengados,
De azules banderas en palio llevados,
En templo Argentino sepulcro tendrán (Poesías: 159).

Si los mártires poseen “representatividad generacional” (Ansolabehere 273) y operan como el símbolo de que los principios políticos de Mayo están presentes aún entre los vivos, esto se debe a valores espirituales fundados en su compromiso ideológico, así como también al hecho de haber muerto por la causa que defendían. Pero es posible pensar que la potencia de la figura del mártir se nutre también de la obscena materialidad del cuerpo derribado, expuesto, humillado. Por otra parte, y a modo de correlato, la circunstancia del maltrato del cadáver exige y apura en los correligionarios el deseo y la necesidad de venganza frente a los horrorosos ultrajes cometidos. Esta idea aparece reiteradamente en Rivera; así, por ejemplo, en la poesía “Batalla de Caaguazu”, el yo lírico conmemora a los mártires caídos en la lucha e invoca la furia vengadora: “Avellaneda, amigo de mi infancia, / Cubas, Dulce, Gonzalez, Acha

²⁸ Dicho sea de paso, matices cristianos reverberan en estos versos, no sólo en el concepto de *pasión* –que reenvía, desde luego, a la pasión de Jesús–, sino también en la idea de muerte como cumplimiento de un destino a través del sacrificio.

bravo, / Vuestras cabezas del horrendo clavo / Viene airado á arrancar un vengador” (Poesías 206).

El mártir insepulto crea sentido para los compañeros de causa: un hálito de perseverancia y venganza brota de los cráneos arrojados sobre la tierra (que señalan la senda a seguir) y de las cabezas clavadas en las lanzas a la espera de la mano que las saque de allí y condene a los verdugos. Esos restos expuestos a la intemperie recibirán de manos de la Patria “túmulo, templo y culto” (28); asimismo, con un tono en que se mezclan el dolor, la amenaza y también la promesa, en “La noche en el Cháco” un nosotros guerrero asegura: “Tornaremos vencedores / en sangre infame cubiertos, / Y tumbas tendrán los muertos / Regadas de sangre y flores.” (212). Por otra parte, aunque se trate apenas de un detalle -que acaso sería más sensato interpretar como un lugar común retórico-, es posible advertir que los cuerpos mutilados e insepultos son trabajados a menudo a través de un campo semántico vinculado a la siembra y el crecimiento: la Argentina está “de cráneos sembrada”, y “fué en sangre de martires regada” (355, las cursivas son mías). Acaso podría plantearse que la muerte y *sobremuerte* de los opositores al régimen se convierte así en promesa de vida. Al parecer, esta mística política de lo insepulto que se advierte en Rivera nos sitúa nuevamente frente a una imagen trófica: si, desde la óptica del rosismo, los restos del enemigo alimentan el metabolismo infame del régimen, desde el punto de vista opositor, los despojos del patriota nutren la causa de los combatientes vivos. Enemigo y mártir son, de esta manera, dos caras de la misma moneda, dos modos contrapuestos de concebir y atribuir significado al cuerpo exánime del antirrosista caído.

En función de lo expuesto en este apartado y el anterior, es posible concluir que la lógica criminal que Rivera atribuye a Rosas es en gran medida *metonímica*, en tanto se asienta en la materialidad de los despojos cercenados para producir sentido por semejanza, contigüidad y desplazamiento (lonjamaña, oreja-trofeo, sangre-alimento, etc.), con la consiguiente objetivación de dichas partes humanas. De esta manera, los restos (completos o seccionados) funcionan como alimento simbólico de un gobierno de sangre y figuración metonímica de una nueva derrota del enemigo político. Por el contrario, desde la

óptica exaltada de los proscritos, otro sentido es el que emerge -sentido que, preciso es decirlo, coadyuva a neutralizar los efectos amedrentadores de la pedagogía del terror implementada por el gobierno-: esa materia exánime, expuesta y mutilada recorre el camino inverso para recuperar la unidad perdida; se espiritualiza, se sublimiza. A partir de una lógica *metafórica* que opera por sustitución, estos cuerpos se convierten en cifra de principios abstractos: la vigencia y la fortaleza de los ideales patrióticos de Mayo.

Modalidades del terror

El recorrido trazado amerita apuntar algunas líneas -al menos como punto de partida para futuras aproximaciones- acerca de los parámetros estéticos que configuran los textos poéticos y periodísticos de Rivera Indarte que este trabajo aborda. En tal sentido, si en términos generales es válido enmarcar al autor en la corriente decimonónica del romanticismo argentino²⁹, el análisis ha permitido detectar también ciertos elementos que remiten, más concretamente, al imaginario propio del gótico. Excede las posibilidades de este artículo reponer y desarrollar los múltiples rasgos que caracterizan a esta vertiente estético-cultural; baste decir que la considero, siguiendo a José Amícola, como una “matriz cultural” o “modo” a partir del cual un determinado grupo social organiza los bienes simbólicos de su sociedad para dar expresión a fenómenos y experiencias a menudo del orden de los deseos, las ansiedades y los temores (*La batalla de los géneros. Novela gótica versus novela de educación* 31). Entre los elementos que caracterizan al modo gótico mencionaré sólo

²⁹ Los elementos que permiten asociar a Rivera a esta corriente son numerosos y no es pertinente enumerarlos aquí de manera exhaustiva, pero entre ellos pueden mencionarse su concepción de la poesía como instrumento de reflexión y acción política, y de la libertad como valor supremo; su percepción del carácter sublime de la muerte y también, a tono con la inflexión rioplatense de la estética romántica, la preeminencia, en la reflexión literaria, de lo público y lo social por sobre lo privado y lo subjetivo. También conviene señalar que su literatura presenta como peculiaridad una clara impronta católica, reconocida por el propio autor, quien define su poesía como “romántica y católica” (Rivera Indarte, *Poesías*: LXXXVIII). Asimismo, en su prólogo a esta antología, Mitre considera a Rivera dentro del romanticismo, subrayando su tendencia melancólica, su estética fundada en los contrastes (lo sublime y lo grotesco) y los claroscuros, y la gravitación que presentan en su obra Dante y Shakespeare, así como también, más cercanos en el tiempo, Byron, Lamartine y Manzoni.

aquellos que resultan más relevantes para el tema que me ocupa: el fuerte vínculo que instala entre lo literario y lo político-social, la presencia de diversas formas de transgresión, violencia y terror; la importancia que adquieren los motivos de lo sobrenatural y lo monstruoso; el recurso a una retórica excesiva como modalidad fundante de la representación, distanciada de las estrategias figurativas convencionales ligadas a la mimesis realista (Punter *The Literature of Terror* 15) y, por último, el carácter ambiguo y contradictorio que adquiere, en esta matriz, la relación entre los opuestos -el “Bien” y el “Mal”, la “civilización” y la “barbarie”, entre otros pares posibles- promoviendo líneas de fuga que desafían la pretendida solidez de las demarcaciones.

En los textos que he analizado, el Restaurador y sus partidarios actualizan un nutrido arco de transgresiones que pone en evidencia uno de los temas más recurrentes del imaginario gótico: el de la violación, por parte de personajes dotados de poder y caracterizados como malignos, de los límites políticos y culturales que se conciben como legítimos (Botting *Gothic* 21)³⁰. En este sentido, la textualidad riveriana apela a la representación del terror como modo de exhibir y denunciar un régimen político que considera inmoral y opresivo.

Es necesario detenerse en este punto a fin de intentar precisar mejor qué formas adquiere esta representación del terror socio-político en las obras examinadas. En el gótico el terror puede activarse a partir de figuraciones tanto del orden de lo real como de lo alucinatorio y lo sobrenatural (9-10)³¹. En los textos de Rivera es posible advertir -aunque por razones de enfoque y objetivos no haya sido una veta desarrollada en este trabajo- el recurso al imaginario de lo sobrenatural: Rosas, sus allegados y sus esbirros son identificados con el Mal absoluto y caracterizados a partir de la figura del monstruo en algunas de sus

³⁰ Una de las transgresiones más características que escenifica el modo gótico es la del tabú sexual, a menudo bajo la forma del incesto. Merece señalarse que este motivo es trabajado con insistencia por Rivera Indarte, quien acusa a Rosas de mantener relaciones incestuosas con su hija Manuela, caracterizada por el autor como una muchacha perversa que, además de coleccionar partes corporales de los enemigos del régimen, comete con su padre “torpe y escandaloso incesto” (*Es accion santa*: 338).

³¹ “Gothic condenses the many perceived threats associated with supernatural or natural forces, imaginative excesses and delusions, religious and human evil, social transgression, mental disintegration, and spiritual corruption [...] Spectres, monsters, demons, corpses, skeletons, evil aristocrats, monks and nuns, fainting heroines and bandits populate Gothic landscapes as suggestive figures of imagined and realistic threats” (*Gothic*: 9-10).

variantes (vampiro, demonio, etc.)³², al tiempo que la escritura pone en escena fenómenos que escapan a las leyes naturales³³. Pero al mismo tiempo, y de modo mucho más intenso y recurrente, la propuesta de Rivera apela a una modalidad de lo terrorífico fuertemente anclada en lo real-tangible, en la materialidad concreta de los cuerpos, en la exhibición del sadismo y la destrucción física en su amplio repertorio de posibilidades. En efecto, y como se ha podido ver, la denuncia de los crímenes del régimen se realiza a través de una sucesión interminable e hiperbólica de matanzas, tormentos y cadáveres expuestos y ultrajados³⁴. Aunque por cierto Rivera no es el único en apelar a esta figuración del terror centrada en el cuerpo y su destrucción (que también puede hallarse en obras de otros autores, como *El matadero* de Echeverría, o *Amalia* de José Mármol), acaso sea posible plantear que su escritura lleva estas formas a su punto más extremo puesto que en ningún otro autor (o al menos no con la misma intensidad y continuidad) la dimensión del cuerpo devastado -vejado, mutilado, cuya visión espanta- adquiere la centralidad y la productividad significativa que se evidencia en los escritos de Rivera Indarte.

³² Por cierto, Rivera no es el único escritor romántico argentino en el que se advierten figuraciones monstruosas de impronta gótica. Pensemos, por ejemplo, en aquellos textos de la generación del 37 en los que se observa una similar apelación a lo monstruoso como forma de representar la “barbarie americana”. Es el caso de *Insurrección del Sud* (1849) de Echeverría, texto en el cual Rosas aparece caracterizado como un minotauro que se alimenta de carne humana; en el mismo sentido puede leerse la imagen de los indios como vampiros que propone el mismo autor en *La cautiva* (1837), o bien el famoso conjuro del fantasma del caudillo Quiroga que inaugura las páginas del *Facundo* (1845) de Sarmiento.

³³ Véanse, a modo de ejemplo, los siguientes versos: “De los muertos esclavos las sombras, / En las auras suspiran vagando, / Y oyen voz que les grita tronando / ‘Al infierno malditas bajad’” (Rivera Indarte, *Poesías*: 114-115).

³⁴ La presencia de los muertos entre los vivos produce una tenebrosa indistinción que remite a otro de los tópicos fundamentales de la representación de lo monstruoso o aberrante en la discursividad gótica: el tema de la coexistencia de vida y muerte (Cavallaro, *The Gothic Vision. Three Centuries of Horror, Terror and Fear*: 213). Por otra parte, estas oscuras visiones riverianas tienen su correlato en la construcción de los espacios: las ciudades argentinas se han convertido en “panteones” (*Poesías*: 117) y “mataderos” (*Rosas y sus opositores*: 41), y Buenos Aires está “callada como un cementerio” (*Poesías*: 117).

Consideraciones finales

En su carácter de productor de discursividad opositora, Rivera Indarte elabora la representación de Rosas y sus subordinados como monstruos aplicados, entre otros oficios del terror, a convertir el cadáver del enemigo en pura objetualidad, material fragmentado y circulante, alimento del propio metabolismo de un gobierno cebado en sangre. Trazando nítida – estratégicamente- una divisoria de aguas, el autor construye en paralelo otra figuración de los restos insepultos: estos son, muy frecuentemente, los cuerpos mancillados de los mártires, reconstituidos en su unidad, espiritualizados, devenidos símbolo de lucha. Como he querido mostrar, Rivera parece sustentar sus ideas en este principio: si a la *barbarie* le corresponde una lógica metonímica (material), es preciso responder a ella con la lógica metafórica (abstracta, ideal) de la *civilización*.

Más allá (o más acá) de su valor de verdad, estos sentidos en disputa en torno a los restos insepultos que polarizan a los actores sociales intervinientes deben ser pensados como una estrategia y un efecto discursivo que procura Rivera, en el marco de su prosa y su poesía exaltadas y propagandísticas. Porque es preciso no perder de vista que, como señala Lucero, “la literatura condicionada por la época rosista amplificó, deformó y mistificó la realidad que le dio sustento” (7); que, en este sentido,

Rivera Indarte resulta un “documento histórico” (Ramos Mejía), pero no por la supuesta veracidad de sus afirmaciones, sino como índice del proceso común del que participa: un imaginario hecho de degüellos, máquinas infernales, auríferos retratos del caudillo en las iglesias y rostros marmóreos (22).

En este punto del análisis es válido preguntarse si estas dos concepciones de los restos insepultos que Rivera configura (la rosista y la antirrosista, a partir de la dualidad simbólica *enemigo objetivado/mártir sublimado*), sin dejar de ser opuestas, no traman cierta relación de complementariedad y funcionalidad antes que de mutua exclusión. Complementariedad, porque la figura del mártir se enriquece y exalta a partir de los vejámenes perpetrados sobre sus despojos. Funcionalidad, puesto que esas visiones antitéticas de los muertos ultrajados

posibilitan extremar la antítesis entre *ellos* y *nosotros* (convirtiéndola en un o ellos o nosotros). La imagen atroz de un gobierno que convierte las (tablas de las) leyes en (tablas de) sangre, y la sangre y los restos en objeto de horrible transgresión, resalta el carácter inviable de cualquier pacto social en el marco del rosismo (justificando inclusive, como se ha visto, el tiranicidio). Al mismo tiempo, contribuye a reforzar la lógica dicotómica, ese “claroscuro perfecto” y de impronta mitologizante (Lucero 22) que emerge de los textos, mediante el cual Rivera aspira a delimitar nítidamente de un lado la pura barbarie y el crimen, y de otro, la civilización, la Patria, los mártires.

A modo de cierre, queda por ver qué líneas de fuga cruzan y confunden, en Rivera, los presuntamente bien definidos y delimitados campos de la civilización y la barbarie. Es posible advertir que la escritura del autor establece entre ambos términos una relación ambigua y problemática –que podría leerse como una característica propiamente gótica³⁵, en la medida que se empeña en reforzar los límites sin poder evitar, al mismo tiempo, difuminarlos. En principio, cierto exceso “bárbaro” se hace presente en su retórica revulsiva y dislocada, que salpica de suciedades la pretendida espiritualidad y coherencia a las que aspira el discurso intelectual de los escritores románticos. También se destaca su furibunda apología de la venganza (no tan distinta de la *sed de sangre* que el autor imputa a Rosas) ante el espectáculo atroz de los crímenes. Y antes de terminar, un último rasgo en que se verifica el desdibujamiento de fronteras (aunque podrían, seguramente, encontrarse más): la apología del ansiado y prolijamente argumentado asesinato del Restaurador, la mutilación de “esa cabeza culpable de tirano” (Rivera Indarte, *Es accion santa*: 378); un acto heroico que justificaría, por una vez (aunque sabemos que no sería la primera), que el santo patriota experimente el “siniestro privilegio de descender á esa arena de sangre, y de mezclarse á ese horrible rebaño de degolladores” (Jules Janin Cit. en

³⁵ Retomando lo apuntado en la sección anterior, el gótico ha sido considerado como un modo de pensar la identidad y la relación con el Otro a partir de la oposición entre “nosotros” y los “otros”, civilización y barbarie, razón y deseo, aunque por cierto, los estudiosos coinciden en señalar que estas fronteras pretendidamente nítidas entre ambas esferas a menudo tienden a diluirse dando lugar a ambivalencias, y ocasionando que la representación no pueda desembarazarse de aquello mismo que pretende condenar (cfr. Amicola; Botting).

Es acción santa 356), empapando sus propias manos en la mitología sangrienta de la barbarie.

Bibliografía

Amícola, José. *La batalla de los géneros. Novela gótica versus novela de educación*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2003

Ansolabehere, Pablo. "Preciso es que haya mártires". *Las brújulas del extraviado. Una lectura integral de Esteban Echeverría*. Comp. Alejandra Laera y Martín Kohan. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006 pp. 265-286

Baltar, Rosalía. *Letrados en tiempos de Rosas*. Mar del Plata: EUDEM, 2012

Batticuore, Graciela. "La formación del autor. Apuestas, retos y competencias". *Las brújulas del extraviado. Una lectura integral de Esteban Echeverría*. Comp. Alejandra Laera y Martín Kohan. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006 pp. 15-41

Botting, Fred. *Gothic*. New York: Routledge, 1996

Cavallaro, Dani. *The Gothic Vision. Three Centuries of Horror, Terror and Fear*. London/New York: Continuum, 2002

Echeverría, Esteban. *Obras completas de Esteban Echeverría*. Buenos Aires: Ediciones de Antonio Zamora, 1951

Ferro, Gabo. *Barbarie y civilización. Sangre, monstruos y vampiros durante el segundo gobierno de Rosas*. Buenos Aires: Marea Editorial, 2008

Fontana, Patricio; Claudia A. Román. "Cartas a un amigo. La polémica con Pedro de Ángelis en el contexto de la recepción del *Dogma Socialista*". *Las brújulas del extraviado. Una lectura integral de Esteban Echeverría*. Comp. Alejandra Laera y Martín Kohan. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006 pp. 225-264

Foucault, Michel. *Los anormales*. Buenos Aires: FCE, 2000

Lucero, Nicolás. *La máquina infernal: apuntes sobre Rivera Indarte*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1992

Lynch, John. *Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires: Emecé, 1984

Mitre, Bartolomé. "Estudios sobre la vida y escritos de D. José Rivera Indarte". *Poesías de José Rivera Indarte con una biografía del autor, escrita por el Coronel de*

artillería D. Bartolomé Mitre. Comp. Bartolomé Mitre. Buenos Aires: Imprenta de Mayo, 1853 pp. III-LXXX

Myers, Jorge. *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1995

---. “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”. *Nueva historia argentina*. Vol. 3. *Revolución, república, confederación (1806-1852)* (Dir. del volumen: Noemí Goldman). Buenos Aires: Sudamericana, 2005 pp. 381-445

Prieto, Adolfo. *Proyección del rosismo en la literatura argentina*. Rosario: Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Filosofía y Letras, 1959

---. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*. Buenos Aires: FCE, 2003

Punter, David. *The Literature of Terror. A History of Gothic Fictions from 1765 to the present day*. Vol. I y II. New York: Longman, 1996

Rivera Indarte, José. *Tablas de sangre*. Buenos Aires: Antonio dos Santos Editor, [1844] 1946

---. *Rosas y sus opositores*. Buenos Aires: Imprenta de Mayo, [1843] 1853

---. *Poesías de José Rivera Indarte con una biografía del autor, escrita por el Coronel de artillería D. Bartolomé Mitre*. Comp. Bartolomé Mitre. Buenos Aires: Imprenta de Mayo, 1853

Rojas, Ricardo. *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata. Los proscriptos* (Vol. V y VI). Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft Limitada, 1957, 9 vols

Román, Claudia A. “Tipos de imprenta. Linajes y trayectorias periodísticas”. *Historia de la literatura argentina*. Vol. 2. *La lucha de los lenguajes* (Dir. del volumen: Julio Schwartzman). Buenos Aires: Emecé, 2003. Pp. 369-384

Saldías, Adolfo. *Historia de la Confederación Argentina. Rozas y su época*. Vol. 4. Buenos Aires: Félix Lajouane Editor, 1892

Weinberg, Félix. “El periodismo en la época de Rosas”. *Revista de Historia* 2 (2do. Trimestre 1957). Pp. 81-100

---. “La época de Rosas. El romanticismo”. *Historia de la literatura argentina*. Vol. 1: *Desde la colonia hasta el romanticismo*. Dir. Susana Zanetti. Buenos Aires: CEAL, 1986. Pp. 217-240